

**Compromiso para investigar.
Memorias para producir.
Sobre el encuentro entre la
etnografía y la gestión de políticas
públicas¹**

COMMITMENT TO RESEARCH. MEMORIES TO
PRODUCE. ON THE ENCOUNTER BETWEEN THE
ETHNOGRAPHY AND POLICY MANAGEMENT
PUBLIC

Ludmila da Silva Catela²

RESUMEN

Este texto es un ejercicio reflexivo sobre las posibilidades que la etnografía nos genera como herramienta reflexiva. Ya que en principio no hay ninguna imposibilidad para el antropólogo de intentar hacer un análisis de su alteridad mínima. Contamos con

¹ Este artículo, en su primera versión, fue presentado en las Primeras Jornadas de la Red para la articulación y el fortalecimiento de las investigaciones en Derechos Humanos en Argentina. Conocer y Hacer. Intersecciones entre la investigación y la gestión en materia de memoria, verdad y la justicia. CONICET/Secretaría de DDHH de la Nación. (Septiembre de 2016).

² IDACOR/MUSEO DE ATROPOLOGIA/UNC. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Universidad Nacional de Córdoba/Instituto de Antropología de Córdoba.

una caja de herramientas y una serie de reglas metodológicas aprendidas pacientemente, que nos permiten distanciarnos y poder interpretar el mundo que nos rodea críticamente. Sin embargo, estas reglas son más fáciles de enunciar que de poner en práctica y llevarlas adelante, hacia algún (buen) puerto. ¿Cómo desacralizar un espacio en el cual trabajé, compartí discusiones, accioné actividades, determiné que se incluía y que se excluía en las definiciones sobre la memoria? ¿Cómo tomar distancia, en y para la escritura de ejercicios constantes de reflexividad sobre la arbitrariedad de los mecanismos de la memoria en el espacio público? No es una tarea fácil, aunque, sin duda fascinante.

PALABRAS CLAVE: Alteridad. Etnografía. Memoria. Política

ABSTRACT

This text is a reflective exercise on the possibilities that ethnography generates for us as a reflective tool. Since in principle there is no impossibility for the anthropologist to try to make an analysis of its minimal alterity. We have a toolbox and a series of methodological rules patiently learned, which allow us to distance ourselves and be able to interpret the world that surrounds us critically. However, these rules are easier to enunciate than to put into practice and carry them forward, towards some (good) port: how to deconsecrate a space in which I worked, shared discussions, acted on activities, determined that it was included and that it was excluded in the definitions on memory? How to take distance, in and for the writing of constant exercises of reflexivity on the arbitrariness of the mechanisms of memory in public space? It is not an easy task, although it is undoubtedly fascinating.

KEYWORDS: Alterity. Ethnography. Memory. Politics

¿Cómo hacer una etnografía de algo tan cercano, para mí, como es la gestión de un sitio de memoria? Es ésta la pregunta inicial que me hago una y otra vez cuando debo reflexionar en relación a mi participación como directora del Archivo Provincial de la Memoria y Sitio de Memoria ex D2 en la provincia de Córdoba, Argentina, entre los años 2006 al 2015.

Este texto es un ejercicio reflexivo sobre las posibilidades que la etnografía nos genera como herramienta reflexiva. Ya que en principio no hay ninguna imposibilidad para el antropólogo de intentar hacer un análisis de su *alteridad mínima*, al decir de Marisa Peirano (1995). Contamos con una caja de herramientas y una serie de reglas metodológicas aprendidas pacientemente, que nos permiten distanciarnos y poder interpretar el mundo que nos rodea críticamente. Sin embargo, estas reglas son más fáciles de enunciar que de poner en práctica y llevarlas adelante, hacia algún (buen) puerto. ¿Cómo desacralizar un espacio en el cual trabajé, compartí discusiones, accioné actividades, determiné que se incluía y que se excluía en las definiciones sobre la memoria? ¿Cómo tomar distancia, en y para la escritura de ejercicios constantes de reflexividad sobre la arbitrariedad de los mecanismos de la memoria en el espacio público? No es una tarea fácil, aunque, sin duda fascinante.

Hasta el año 2006 me dedicaba enteramente a la investigación. Producía textos para congresos, escribía para revistas o capítulos de libros, daba cursos donde las etnografías a leer eran lo suficientemente distantes para aprender otros mundos o lo suficientemente cercanas para poder enseñar la reflexividad etnográfica. Pero el mundo académico trasborda sus límites y propone acciones no siempre esperadas o imaginadas.

Ese mismo año, durante el Congreso Nacional de Antropología, en la provincia de Salta, tuve que decidir si seguir en la “pureza” del mundo de las ciencias o embarcarme en un proyecto aún sin demasiada forma: dirigir el *Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba* (APM). Un archivo creado sin documentos que ocuparía el espacio de lo que había sido el ex centro clandestino de detención D2, en pleno centro de la ciudad de Córdoba.

Es interesante relatar que en ese momento, cuando contaba que tal vez iba a dirigir el APM, no recibía demasiadas aprobaciones entre mis pares y conocidos universitarios. Recuerdo, entre otros argumentos, dos que se repetían cada vez que yo consultaba que les parecía: “uh te vas a meter con el mundo de los organismos de derechos humanos... que complicado...”; el otro: “cuidado la política es una máquina de picar carne”. Dos ámbitos en el que como antropóloga venía trabajando desde mi oficio de etnógrafa, lo que supone que son territorios conocidos y analizados. Pero evidentemente una cuestión es la mirada etnográfica y otra la reconversión de lo etnográfico en el campo de la política.

Lo recuerdo porque en esa época para mí también era un tanto “exótica” la dicha propuesta, pero me debatía en una inquietante contradicción, ya que durante años había escuchado de boca de mis profesores (muchos retornados del exilio allá a mediados de los años ochenta), sobre la importancia del “compromiso del antropólogo”. Sin embargo, a la hora de debatir el traspaso de mis acciones desde el mundo académico al político, ese “compromiso” pasaba a constituir una “preocupación” más que una “oportunidad” de ensayo de acción etnográfica en el espacio público. Entonces me cuestionaba, ¿a qué se referían mis

pares cuando hablaban de compromiso? Simplemente a ¿escribir sobre ciertos temas? ¿tener una determinada ética en el trabajo de campo?”. La idea de compromiso ¿no incluía la intervención en el mundo de la política y de sus agendas públicas?

Estas preguntas contradictorias estaban basadas en mi propia trayectoria. Me había formado en Rosario, con una fuerte tendencia de mis profesores hacia el marxismo. Escuchaba cotidianamente en las clases que “había que comprometerse”, sin embargo eso siempre rondaba los discursos y raramente las acciones concretas. O mejor, el compromiso pasaba por la elección de ciertos temas, generalmente dedicados a los grupos más castigados económicamente. Dicho en otras palabras, trabajar sobre los “pobres” era estar comprometido.

Luego, me fui a estudiar a Brasil donde la intervención de los antropólogos en instituciones y en acciones políticas, las demandas del Estado para escuchar sus opiniones e intervenir en ciertos temas, era algo cotidiano, sin embargo en ese ámbito universitario poco se tematizaba el compromiso, sino que se lo practicaba.

Por otro lado, hacía exactamente diez años antes, en 1996, había iniciado mi trabajo de campo en relación a las experiencias de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos en La Plata³ y en 1999 había desarrollado una intensa investigación

³ El resultado de esa investigación se reflejó en el libro, “No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos”. Ediciones Al Margen. 2001. La Plata.

sobre los archivos de la represión en Brasil.⁴ Estas experiencias, muy iniciales en el campo de estudios sobre la memoria (las que comenzaron a ganar fuerza en Argentina a finales de los noventa e inicios del nuevo siglo, acompañando sin dudas la coyuntura política favorable post-2001), habían tenido un impacto relativamente sorprendente para mí en el mundo de los organismos de derechos humanos, me refiero a su uso en el proceso de creación y luego de consultoría sobre el archivo DIPBA, en la Comisión Provincial de la Memoria de La Plata. Fue tal vez ese fue el inicio de la excelente relación- no sin tensiones y dilemas- que hoy puedo observar entre la investigación y la acción política; entre el activismo de derechos humanos y la intervención de investigadores en la gestión de políticas públicas. Aceptar la dirección del APM implicó así por lo menos tres ejercicios etnográficos y reflexivos en torno a las nociones de *nosotros-otros*, *compromiso* y *acción política*.

LAS FRONTERAS DE LAS IDENTIDADES IMPURAS: NOSOTROS-OTROS

El trabajo en un sitio de memoria implica continuamente correr las fronteras de las categorías de alteridad. Sobre todo basadas en la relación inestable a los marcos de ampliación o restricción de la noción del *nosotros*. Esto genera entre los que estamos acostumbrados a observar esta *otredad* desde el campo

⁴ Dicha investigación se vio reflejada en artículos publicados en revistas y en el libro compilado junto a Elizabeth Jelin, "Los archivos de la represión en el Cono Sur". Editorial Siglo XXI. 2002.

de la investigación, la necesidad de traducción constante y continua para poder dar respuestas a estos límites difusos. Mientras que como antropóloga puedo comprender y relativizar la exclusión de ciertas “víctimas” de una lista, en función de las nociones nativas de quienes la construyen, cuando “formo” parte de una institución que está enunciando en nombre del Estado quienes son parte de ese colectivo y quienes no, no serán las reglas de la *distancia etnográfica* las que permitan comprenderla sino las *lógicas políticas* de inclusión o exclusión de acuerdo a nociones previas que no necesariamente podrán discutirse.

Y allí aparece un elemento conflictivo en relación a quienes desde el mundo de la investigación arribamos a los espacios de gestión de la memoria. La gestión es por sobre todas las cosas vivir en la frontera. Uno no es un “militante de derechos humanos” en el sentido puro del término y deja de ser un investigador puro, desde el momento en que decide participar de la administración del pasado en el espacio público. Es interesante esta impureza de identidad, ya que en la construcción del “nosotros” algunas veces esta impureza servirá como estrategia de exclusión y estigma y otras veces funcionará como legitimación de la pertenencia a dicho mundo. Lo que quiero decir con esto es que mientras uno como investigador se encuentra en el campo seguro de los “estudios sobre la memoria” corre riesgos en cuanto a la valoración de sus trabajos científicos, pueden ser estos malos, buenos, creativos, interesantes, aburridos, prestigiosos, superficiales. Sin embargo, arriesgar clasificaciones y pensamientos en el mundo de la gestión es poner en riesgo cada una de las categorías de pensamiento, es por sobre todas las cosas, negociar las ideas, estar dispuestos a descubrir que uno conoce poco esos mundos poblados de

tonalidades y tiene la urgencia de aprender a debatir en la lógica política con las herramientas de la etnografía. Tal vez lo más difícil de esto es poder entender que negociar implica reconocer que en la gestión de un sitio de memoria, donde como investigadores aportamos ideas, las mismas se vuelven colectivas, no se plasman individualmente sino que se producen en una comunidad de discusión y negociaciones donde tienen el mismo valor las construidas a partir de la teoría que las que se producen desde la acción política, ambas se fusionan.

Así, considero que más que lo que los investigadores, antropólogos, etnógrafos pueden aportar al mundo de la gestión, deberíamos poder preguntarnos, ¿qué es lo que los investigadores pueden aprender de la gestión del pasado en el espacio público? Retroalimentarse, es una de las mejores formas de poder tornar reflexivas nuestras miradas de investigadores, muchas veces basadas en la superficialidad de los procesos de memoria.

COMPROMISO: DISTANCIA/CERCANÍA

Como señala Guber, el sociólogo *Norbert Elias*, afirma que la calificación de las investigaciones según su grado de compromiso y distanciamiento con respecto a los objetos de estudio, debe considerarse más que como la aplicación de categorías dadas, como parte de los valores en tanto juicios prácticos que los intelectuales empleamos en el desarrollo de nuestra actividad. Compromiso y distanciamiento son, en este sentido, “categorías nativas: abstracciones producidas y utilizadas por los investigadores en el esfuerzo de dar sentido a su mundo y a su

quehacer. Como todo en la antropología, estas categorías también pueden examinarse histórica y socialmente”. (Guber, 2010:5)

Como dije más arriba, la noción de compromiso estaba, en mi trayectoria, atada a dos concepciones divergentes, la del discurso (de mis profesores de la UNR) y la de las prácticas de los antropólogos brasileños. Sin embargo, esta noción comenzó a adquirir nuevos sentidos en relación a mi participación en la gestión de las políticas públicas de memoria, en la producción de sentidos sobre el pasado, pero sobre todo en la cercanía que las prácticas significan para las personas con las que interactuamos.

Uno de los primeros dilemas con los que me enfrenté como antropóloga trabajando en una institución pública fue desarmar esas nociones. Cuando unos y otros hablaban de *compromiso*, efectivamente se referían a un abanico enorme de acciones, unas muy ligadas al pasado y a la memoria dominante y consagrada de las víctimas directas del terrorismo de Estado y otros se referían exactamente a lo contrario, a la necesidad de romper con esa memoria dominante incluyendo otras víctimas, otros períodos, otras miradas. Esta tensión pasado-presente, víctimas de ayer-víctimas de hoy, derechos humanos-derechos de todos (señalo aquí sólo algunas de las categorías nativas con las que se enuncian esas tensiones), fue y es constitutiva de todas las discusiones que se generan en torno a la noción de compromiso, ya que imponen en la gestión de un sitio de memoria la necesidad de ampliar las nociones con las cuales inicialmente estos espacios fueron creados, pensados, organizados.

De esta manera, la gestión estatal de las políticas públicas de memoria tiene por lo menos cuatro problemas con los cuales se enfrentan cotidianamente:

1. La determinación de los arcos temporales. ¿Qué sentido adquieren las nociones de pasado y la de presente? ¿Desde dónde se inicia y dónde termina el relato de la violencia?
2. La definición de las nociones de víctimas. ¿Quiénes son representados en estas políticas de memorias? ¿qué víctimas se incluyen y cuales se excluyen?
3. El lugar de los victimarios. ¿Es posible incluirlos y de qué manera?
4. Quién define los límites, fronteras o extensiones de las políticas públicas de memoria. ¿la responsabilidad de la producción de las acciones políticas y la gestión de la memoria es responsabilidad única de las instituciones? ¿qué rol tienen los gobiernos en la intervención coyuntural?

Si el compromiso es un rasgo constitutivo de la antropología como disciplina, podríamos extender esto al resto de las ciencias sociales, ¿Cuál es la traducción de valoración que esto recibe en el ámbito científico? ¿Cómo es considerada el compromiso en la producción académica?

Sin embargo, de manera proporcional a mayor intervención y compromiso en el espacio público, el investigador escribe menos o escribe con otros sentidos y objetivos. Esto demarca una nueva mirada sobre el campo. El compromiso implica así que la producción científica se traduzca en otros soportes, videos,

curadorias en exposiciones, producción de textos para las muestras e intervenciones museográficas, discursos en actos, propuestas pedagógicas, introducciones breves en catálogos y publicaciones temáticas, discusiones colectivas para la definición de líneas de trabajo. Lo que a la vista del sistema científico es “poca producción” en el campo de la gestión es justamente lo opuesto, es producción variada, creativa, diversa.... Así la noción de compromiso (o de transferencia científica como se la denomina actualmente) tan valorada discursivamente en el ámbito académico, se desdibuja y hasta se niega a la hora de ser valorada dentro del sistema científico. Inversamente pasa a tener un grado de legitimidad en el mundo de la gestión, ya que el cientista que “se compromete”, pasa a ser valorado y reconocido por su capacidad de traducción de sus miradas analíticas y críticas en el espacio público como “políticas de memoria”.

Por ejemplo en las clasificaciones de puntaje en el sistema científico, en relación a la gestión, la misma ocupa un lugar periférico y casi invisible en el ranking de evaluación frente a las “publicaciones” en revistas indexadas. Esto hace con que todo lo producido fuera del estándar clasificable como *científico*, queda en un lugar marginal y la noción de compromiso/transferencia es, cuando no negada, por lo menos incalificable.

Entonces pienso, ¿cuál sería el rol de aquellos académicos que deciden incursionar en el mundo de la gestión si abandonar su mirada etnográfica? Tal vez un rol importante sería poder plantear el debate sobre el lugar de la gestión y la extensión en la escala de valoración científica; en poder crear nuevas formas de clasificación para aquellos investigadores que sin abandonar la producción denominada y consagrada como científica: revistas, congresos,

formación de recursos humanos, aportan con otros soportes y formas de producción en el mundo de la gestión, para lo cual muchas veces ni siquiera hay lugar en los casilleros de evaluación donde colocarlos. Pero sobre todo pensando que lo que un investigador “produce” en el campo de la gestión de políticas públicas pocas veces llevará su firma individual (como en un *paper*), ya que son procesos de construcción colectiva, acumulativa y muchas veces traducidas en acciones que sólo darán sus frutos en el futuro, como es por ejemplo, la construcción de instituciones que nacieron en el espacio estatal como los sitios de memoria.

Sería deseable volver a una vieja discusión, aunque parezca obsoleta en sus categorías, planteada en la década del setenta por la antropóloga *Hebe Vessuri*, cuando proponía discutir sobre:

“la necesidad de una ciencia creadora, comprometida con el cambio necesario en las estructuras de nuestras sociedades latinoamericanas, independiente de la ciencia desarrollada en los países avanzados y que es la que hasta el presente ha detentado la exclusividad de lo científico...”
(Citado en Guber, 2002:289)

¿Para qué investigamos?, ¿Quién se apropiará de nuestros aportes? Son preguntas que rondan en los pasillos y aulas universitarias, tal vez sería interesante poder discutir las o revertirlas ¿Quiénes necesitan de nuestras investigaciones? ¿Dónde podemos aportar con nuestra experiencia? ¿Qué podemos aprender del mundo social que produce conocimiento y no sólo lo demanda? Y no estoy hablando aquí de una antropología militante, como la planteada en los años setenta. Si no de una

mirada más generosa de articulación entre los mundos académicos y los mundos políticos.

Rosana Guber termina su bello trabajo, *El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos*, recordando el primer congreso de antropología realizado en 1986 en el retorno a la democracia:

El acto de clausura del II CAAS de 1986 fue un homenaje a todos ellos, y fue también, en medio de los papeles, el polvo y los desperdicios de aquellos días, la constatación pública de que esta iglesia se levantaba con los despojos de sucesivos y abortados intentos, con los estudiantes, graduados y profesores que habían sobrevivido, y con los cuerpos desaparecidos que se encarnaban, en aquel atardecer, en los nombres pronunciados sin pompa, ni papers, ni título académico. Desde entonces sobrevendría la rutinización de la antropología social. ¿Cómo sería de allí en más el compromiso? ¿Y cómo la antropología social? (Guber, 2010:18)

Ella se preguntaba cómo sería el compromiso de la antropología. Creo que el espacio que se generó en torno a las políticas de derechos humanos, con su institucionalización de sitios de memoria, archivos, memoriales, centros culturales, han generado un espacio donde muchos científicos sociales, no sólo los antropólogos, han decidido romper con las *rutinizaciones de sus disciplinas*, apelando a la osadía de intervención en el espacio público, volviendo a redefinir las múltiples nociones de compromiso.

POLÍTICA. LAS EMOCIONES Y EL SUFRIMIENTO HUMANO

Escenas etnográficas en el espacio público

Llego apurada al Archivo. Entro saludo a Juanca en la recepción. Cuando intento avanzar hacia mi escritorio, una mujer llora mirando una foto. Le pregunto si está bien, si necesita algo. Solo me dice: no tengo más que agradecer lo que hicieron por mí...

Camino por el centro rumbo al APM, veo a Carlos caminando con sus piernas que le pesan. El día anterior habíamos recibido una carta de una dependencia del estado nacional diciendo que los documentos enviados para su reparación debían ser convalidados o sea debíamos demostrar que Carlos era Carlos en una fotografía del registro de extremistas. Me indigno de verlo con su dolor a cuestas. Llegó al APM y converso con el área de investigación y les digo, tenemos que hacer algo. Se van a morir mientras la burocracia decide de qué manera alargar los plazos de pago de las reparaciones con cartas llenas de retórica judicial.

La Vivi, mamá de Facundo Ribera Alegre nos visita. Nos pide que nos saquemos una foto con el cartel de su hijo desaparecido. Nos cuenta del juicio. Espera al Gringo en su oficina. Nos hace algún chiste y se ríe a pesar de sus pesares.

Escucho música que no se bien de donde viene. Camino por los pasillos y llego a la recepción, hay muchos jóvenes reunidos en torno a una guitarra. Cantan la Rata Lali. Me emociono. Pienso en todo lo que pasó, para que hoy en esa ronda, que tan bien sabe construir la Vicky, todos canten.

La intensidad de momentos, circunstancias, acciones que se viven en un sitio de memoria son innumerables y llenas de múltiples sentidos. Desde entrar a una cárcel, señalar un sitio invisibilizado por años, construir una marca territorial que recuerde un sitio, plantar cientos de árboles en conmemoración a las víctimas de los centros clandestinos de detención, compartir ceremonias de restitución de restos de desaparecidos, en fin siempre que quiero listar cada una de las cosas que viví en estos años de gestión se torna un trabajo imposible.

A diferencia de la investigación sobre el campo de las memorias, donde uno circunscribe un tema y lo analiza por años, la dinámica de la gestión pone en movimiento la necesidad de resolver, escuchar y decidir desde el ámbito del Estado, acciones que hagan sentido en un mundo de emociones y sufrimiento humano.

En el *Gracias* de la mujer que lloraba, en la caminata dolorosa de Carlos esperando su reparación, en los chicos cantando la rata Lali, en la Vivi que nos visita mientras lucha por la desaparición de su hijo Facundo... en cada uno de ellos y sus usos del APM se construye el Estado desde un lugar diverso, inestable, conflictivo pero sin dudas diferente. Micro acciones muchas veces imperceptibles para el investigador que “observa” y que “hace trabajo de campo”, permiten hacer del sufrimiento acciones políticas. Un gran laboratorio para volver a pensar y construir nuevas teorías, sobre nociones ya un poco estancas y un tanto herrumbradas, como son las de memorias y derechos humanos.

Estos lugares permiten pensar al Estado no ya desde los grandes modelos, sino que nos dan la posibilidad de preguntarnos

sobre el lugar de las emociones para “hacer el Estado”, los sitios de memoria, por su conjunción de investigadores, militantes y estructuras de poder, son espacios llenos de recursos para pensar los procesos de memoria entre los afectos y la burocratización, entre los sentimientos y la política, entre las agendas públicas y el sufrimiento humano. Espacios para re pensar al Estado desde las emociones, una mezcla difícil de comprender, cuya intensidad no deja de cambiar y de traducirse más o menos fielmente en la actitud de las personas. Tal vez mi resumen, después de transitar entre la gestión, el compromiso, la política y la investigación, sea la necesidad de rescatar las emociones, como interpretación, expresión, significación, relación, regulación de un intercambio particular donde la etnografía se abre a diferentes diálogos y puede ponerse en riesgo.

A MODO DE CIERRE

Las políticas públicas no se dan sin la acción interesada y política de individuos que las llevan adelante. Así creo que el gran desafío de los sitios de memorias es no tornarse brazos burocráticos del estado, sino más bien instituciones que no pierdan su autonomía, que militen críticamente, que puedan discutir y oponerse a la indiferencia con la cual se gestan muchas políticas públicas. Un equilibrio entre lo público sin desatender los afectos y el cuidado del otro. Espacios, prácticas y políticas que no pierdan de vista la humanidad y corran el riesgo de transformarse en productores de indiferencia. Que sean capaces de incorporar las demandas que cada vez más, por suerte, realizan otros grupos sociales: como los jóvenes que sufren la Ley de Faltas (en Córdoba-

Argentina 50.000 jóvenes son detenidos por “portación de rostro”; las prostitutas asociadas en AMAR (que siguen siendo detenidas y sometidas a la arbitrariedad policial), las comunidades indígenas y campesinas (a quienes reprimen constantemente desde las fuerzas policiales, frente a la lucha por la tierra). Que podamos cada vez más extender a otros ámbitos del Estado las fortalezas de las pedagogías de las memorias creadas desde políticas públicas de la memoria.

Este recorrido, tomando algunos ejes en relación a la inestable situación y relación del mundo académico con el mundo de gestión de derechos humanos en espacios singulares como los sitios de memoria, intentó poner en debate las dificultades que aparecen cuando se percibe el uso del pasado en el presente, con tonalidades y relieves, temporalidades diversas y miradas no siempre concordantes. Entre otras cuestiones y de manera general, considero que este recorrido, como muchos otros posibles, nos colocan frente a formas de administración de ese pasado, pero también de cómo él mismo es registrado y validado en la arena pública. Por otro lado, evocan las asimetrías en los lugares de enunciación y en la manera de establecer diálogos con los saberes y los capitales culturales que cada individuo que interpela lo público carga y puede utilizar para validar su demanda. Finalmente, pone en tensión y muestran los riesgos a los que las instituciones se exponen cuando decide ampliar la noción de memoria, salirse de la mera enunciación literal sobre lo que allí pasó y proponer nuevos sentidos de indagación, dialogar con los hombres y mujeres que vivieron el campo de concentración e incluir otros relatos menos legitimados y establecidos en la memoria dominante. Esa apertura, si bien expone a riesgos

constantes, ayuda a pensar. Abrir es poner en riesgo lo establecido, lo legitimado, lo cristalizado y asumir los conflictos y debates que esto genera. Estas experiencias relatadas no dejan de ser micro acciones, muchas veces imperceptibles, pero buenas para pensar *lo simple* que es afirmar que la memoria debe ser pensada en plural, que el patrimonio es de todos y que estos espacios construyen miradas abiertas y democráticas, y *lo complejo* que es poner estas consignas en acción, reflexivamente, es decir abiertas a la crítica, la duda, la exploración y todo aquello que mantenga un estado de debate permanente sobre lo público, lo social, lo cultural, lo político y lo científico.

BIBLIOGRAFÍA

- Guber, Rosana y Sergio E. Visacovsky (eds.) 2002. Historias y estilos de trabajo de campo en Argentina. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- 2010. "El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos, 1960-1976". *Avá. Revista de Antropología*, 16. En línea. Fecha de consulta: 5 de octubre de 2018. Disponible en: www.redalyc.org
- Peirano, Marisa. 1995. *A Favor de la Etnografía*. Rio de Janeiro, Relume Dumará.